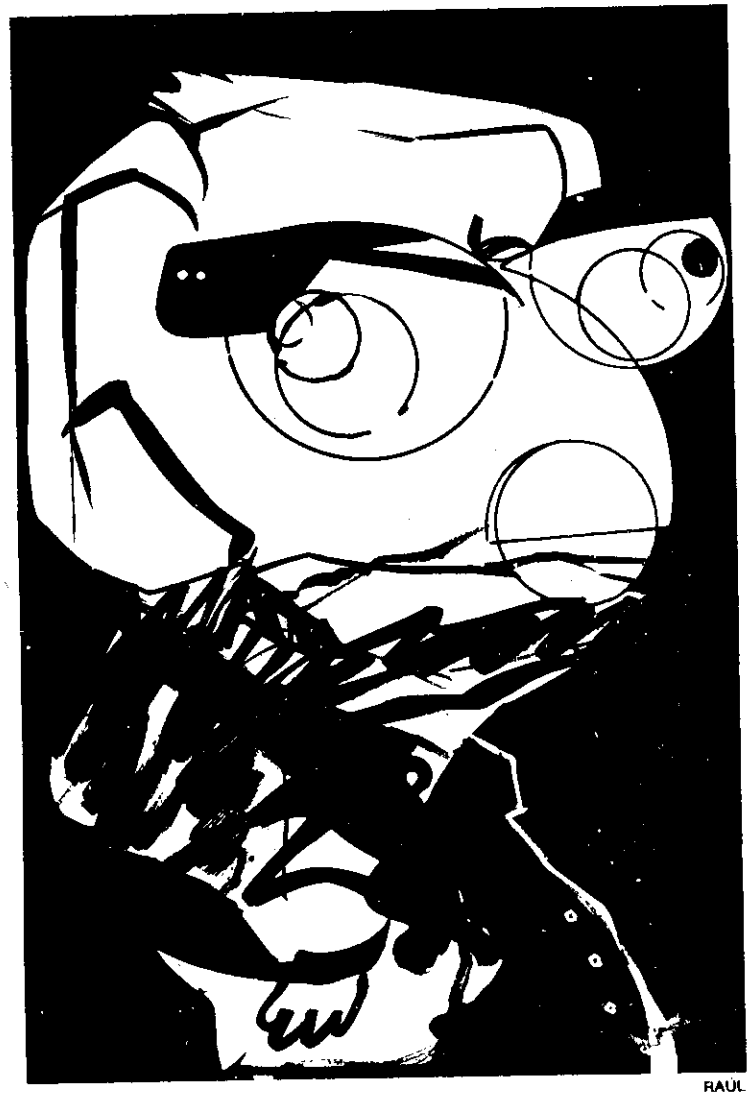
HERNÁN NEIRA

Sartre, vivo

"Hablaba el otro día de la inconstancia prodigiosa de los franceses respecto a su moda". Montesquieu, *Cartas persas*.

Cuatro años atrás, en 1985, al hacer el balance de los últimos 10 años de filosofía, el *Magazine Littéraire* reconocía que Sartre era el *patrón*. Patrón porque ni Foucault, ni Deleuze, ni Lyotard, ni Derrida, con todo lo influyentes que hoy puedan ser, no han conocido un sitial como el de Sartre. Pero el patronazgo de la filosofía francesa durante el siglo XX no le sienta bien al autor de *El ser y la nada*. Como en su propio pensamiento, los triunfos son siempre victorias pírricas, convencido de que *el que pierde, gana, y el que gana, pierde*. Por eso cabe preguntarse qué queda de Sartre en Francia hoy, cuando se conmemora el noveno aniversario de su muerte, ocurrida el 15 de abril de 1980.

Las modas, intelectuales o no, se suceden vertiginosamente en Francia. Si hoy es de buen tono criticar a Sartre en los cafés del Barrio Latino, mañana lo será el criticar a Derrida. Sólo cuando se haya dejado de hablar de la deconstrucción y se haya terminado el período de violenta reacción en contra de Sartre se podrá conocer su valor intrínseco y el de las escuelas que le sucedieron. Hay indicios de que ello comienza y de que en el extranjero se percibe. La universidad de Harvard, deseando renovar la formación de sus futuros licenciados y deseando anticiparse a los hechos, acaba de decidir no otorgar más



RAUL

estudiosos sienten con la perso- blemas que aún no se han plan- Geniève Idt y de otros investigadores, el grupo reúne una vez por año a estudiosos de todo el mundo. En su seno existen diversas corrientes, que van desde la simple apologética al examen crítico de la obra y la persona de Sartre. Pero muchas de las comunicaciones más interesantes provienen de quienes no conocieron personalmente al filósofo, de quienes carecen de recuerdos de la guerra de Argelia o de Mayo del 68, de quienes pertenecen a *otra historia*.

Fuera de la historia sacra en la que se ha envuelto a Sartre, en la terrenal arena de la filosofía, los textos más lúcidos sobre él provienen de autores no sartreanos: Barthes, Deleuze, Derrida. Cierto, sólo le han dedicado párrafos o artículos, y no libros enteros. Pero esas cuantas páginas de *El grado cero de la escritura*, de *La lógica del sentido* o de *De la gramatología* valen más que un centenar de píos volúmenes. Dichas páginas interesan, en cuanto se refiere a Sartre, más por los *errores* que por los aciertos. Lo de los *errores* es especialmente notorio en el caso de Derrida. Deleuze, acusando de inconsecuencia a Sartre por no haber llevado a término la concepción impersonal del hombre, y Derrida, acusándole de permanecer en la metafísica de la presencia, no hacen sino recordar lo que el mismo Sartre hizo con Husserl: un error genial. ¡Poco importa que tengan o no razón! Retomando los argumentos sartreanos para volverlos contra su propio autor, la filosofía avanza por ese conflictivo camino que es el suyo, dejando atrás a los embal-

tionado por la deconstrucción de la filosofía de la presencia (Heidegger, Derrida) y desindividualizado por las máquinas deseantes (Lacan, Deleuze, Lyotard).

Responder a la disolución del sujeto con las banderas del liberalismo, con la simple fenomenología o con una filosofía de la consciencia es retroceder siglos. La nueva concepción del sujeto no puede consistir en el ingenuo resucitar de Kant, de la filosofía de la Ilustración ni de la fenomenología. La filosofía de mañana, si alguna vez existe, deberá tener en cuenta que hoy el individuo es inconcebible sin las *estructuras* lingüísticas y sociales en que vive, tal como lo demostró Sartre en su ensayo sobre Flaubert. En ese sentido, Sartre puede ser el puente entre la filosofía del mañana, necesariamente poshumanista, y el humanismo de la Ilustración. La crítica alemana y la inglesa lo han notado antes que la francesa. Eso explica la atención que allí recibe *El idiota de la familia*, la última de las grandes obras de Sartre.

El sitio que Sartre ocupe en la filosofía depende de la calidad de la crítica a la que se le someta. Deleuze es un buen ejemplo. El resto, quienes le critican para seguir la moda o quienes, al contrario, demasiado próximos al maestro, temen que no le plazca la irreverencia o se protegen bajo su sombra, arriesgan colaborar, incluso contra su voluntad, al olvido de Sartre. Fruto de su genialidad, la desgracia de Sartre ha sido la de convertirse en monumento, *patrón*. Le sucede como a las es-

sus futuros licenciados y deseando anticiparse a los hechos, acaba de decidir no otorgar más becas a los estudiantes que viajan a París para oír a Derrida o a Kristeva. Mientras tanto han aparecido los *inéditos* sartreanos, acompañados de decenas de estudios. Es ahora, que se comienza a hablar de posestructuralismo, de posdeconstruccionismo, de *posnouvelle critique*, de posetcétera, cuando se puede comenzar a discutir la situación de Sartre.

Quizá uno de los mayores males que se han hecho a la filosofía de Sartre proviene del compromiso que algunos de sus estudiosos sienten con la persona del filósofo. Se le sacraliza, y no hay enfrentamiento con los textos sino para confirmarlos, transformando el análisis en hagiografía e impidiendo hacer de Sartre un filósofo vivo. Se le convierte en un esquema, en una piedra de toque que permanece en el exterior de la discusión con los grandes filósofos de hoy. Sartre-santo o Sartre-diablo, se le encierra en una historia donde, como en las historias del PCUS en tiempos de Stalin, el autor de *Saint-Genet* parece tener respuesta incluso a problemas que aún no se han planteado o, por el contrario, parece ser el mismo demonio. No hay apropiación de Sartre, no se le fagocita, no se entabla una polémica digna de él, y se le embalsama.

Parte de la continuidad de Sartre, más allá de las modas parisienses, es debida al Grupo de Estudios Sartreanos. Éste trata de combatir, no siempre con éxito, el endiosamiento de Sartre, sin por ello negar la admiración que merece el filósofo. Creado en 1980 bajo la autoridad moral de Michel Contat, de volverlos contra su propio autor, la filosofía avanza por ese conflictivo camino que es el suyo, dejando atrás a los embalsamadores de ideas y al piadoso ejército de exegetas que discutirán durante siglos sobre el sentido de tal o tal frase.

El futuro de Sartre está ligado al tema de la muerte o no muerte del sujeto y del individuo, es decir, a un debate posterior a Sartre y cuyo clímax está en los años ochenta. El individuo, el hombre, el sujeto, tal cual los concibieron Descartes o el pensamiento liberal, fue disuelto por el estructuralismo (Lévi-Strauss, Jacobson), cuestión de la desgracia de Sartre ha sido la de convertirse en monumento, *patrón*. Le sucede como a las estatuas, se integran al paisaje y se pasa al lado de ellas sin saber a quién representan. Para que Sartre viva es inútil depositarle una corona de flores cada cierto tiempo. Tanto más valiosa es la crítica sin compromisos, el examen riguroso y el debate violento, pero sobre todo, el genial error de interpretación.

Hernán Neira, miembro del Grupo de Estudios Sartreanos, es responsable del Atelier Sartre en la universidad de París VIII.

CARTAS
AL DIRECTOR

Los textos destinados a esta sección no deben exceder de 30 líneas mecanografiadas.
Es imprescindible que estén firmados,
y que en ellos quede constancia del domicilio, teléfono y número de DNI o pasaporte de sus autores.
EL PAÍS se reserva el derecho de publicar tales colaboraciones, así como de resumirlas o extractarlas cuando lo considere oportuno.
No se devolverán los originales no solicitados, ni se facilitará información postal o telefónica sobre ellos.

Réplica a Eduardo Galeano

Quiero dar respuesta al artículo de Eduardo Galeano aparecido el día 10 de abril en dicho periódico.

La "teoría" que el señor Galeano practica en sus líneas no está clara en la práctica.

Que el señor Galeano quiera confundir a la opinión pública española es su problema, pero es inaceptable que lo quiera hacer con los propios uruguayos.

Es verdad que los que tienen uniforme no tienen derecho a torturar, ni violar, ni matar, pero tampoco lo tenían los tupamaros cuando empezaron esas prácticas (los tupamaros eran como la ETA en España), y, sin embargo, no he visto ni una sola línea del señor Galeano condenando estos últimos hechos, me refiero a los de los tupamaros. Después hace referencia a "un vigilante electrónico", el robot Ultratón, que aparece en un programa infantil en la televisión uruguaya. El señor Galeano *sabe* —aunque no entremos en pedagogía infantil— que dicho robot comenta situaciones muy graciosas sobre niños que —según dice— "se han portad mal". Si el señor Galeano no es sordo —como espero—, escuchará las risas de los niños asistentes al programa cuando comentan estas cosas.

Creo que la manipulación que usted hace sobre esto es francamente vergonzosa. Por último, se refiere a los que no podrán votar porque están fuera del país (con la ilusión de que si lo hicieran sería en contra de la amnistía), y cita, textualmente, que "en cambio votan, dentro del país, los indiferentes, que no se tomarían la molestia si el voto no fuera obligatorio". Creo, señor Galeano, que después de doce años de dictadura en nuestro país ya no existen los que usted llama "indiferentes". Usted —viviendo en España— supongo que, gonzando de ciertas comodidades y de una democracia prestada mientras sus compatriotas mantenían la boca cerrada y los bolsillos casi vacíos, no tiene el derecho moral de hacer ningún tipo de comentario, porque la salvación que supuso para usted, como para mí, no soportar esa dictadura ni los graves problemas económicos supondría guarar un respetuoso silencio para que los que la sufrieron tengan el legítimo derecho a decidir su futuro.— **Graziella Buscaglia.** Madrid.

En defensa de Marichal

Hace tres años, el instituto de bachillerato de Getafe, que hoy se llama Manuel Azaña, decidió celebrar unos actos para ilustrar la adopción de tan honroso nombre. Invitamos, no sin cierta audacia, a participar en ellos a don Juan Marichal. Con toda amabilidad, sin pedir nada a cambio, con la modestia y la falta de estridencia que son propias de un verdadero intelectual, Marichal acudió a nuestro centro y habló de Azaña y de su legado sin ni siquiera ser el único protagonista del acto, ya que en él participaron, además, dos profesores de instituto. Así, los alumnos de Getafe pudieron escuchar al profesor de Harvard hablar, con rigor y con optimismo, del pasado y del presente de los españoles. Ahora que el profesor Marichal ha sido objeto de uno de esos agravios que, más que nada, definen a quien los profiere, me ha parecido oportuno recordar públicamente aquel hecho y testimoniar mi admiración y mi solidaridad con ese honorable ciudadano y gran historiador que es Juan Marichal.— **Josefa Otero Ochaita.** Catedrática de Historia del instituto de bachillerato Manuel Azaña. Getafe, Madrid.

Misoginia

En la foto de Rosa Bendala que ilustra una entrevista aparecida en EL PAÍS del día 26 de marzo de 1989, domingo, constato una preocupante misoginia ya observada en anteriores ocasiones a raíz de las fotos que varias veces ilustraban los diversos avatares de Pilar Miró.

Quizá sea simplemente incompetencia profesional de los fotógrafos, o también cabría pensar en una evidente falta de respeto a la propia imagen, a la cual, creíamos, teníamos derecho todos-as los-as españolitos-as. ¿O es que ésas son las únicas y/o habituales expresiones de estas mu-

Pasa a la **página siguiente**